

PRIMERA PARTE

La noche; en una habitación de bóveda elevada, estrecha, gótica, Fausto, inquieto, está sentado delante de su pupitre.

FAUSTO. ¡Filosofía, ay de mí! ¡jurisprudencia, medicina, y tú también, triste teología!.. os he estudiado á fondo con ardor y paciencia : y heme aquí ahora, pobre loco, tan sabio como antes. Me titulo, es verdad, maestro, doctor, y hace diez años que dirijo como quiero á mis discípulos. Y bien veo que nada podemos conocer... ¡ He ahí lo que me abrasa la sangre! ¡ Sé más, ciertamente, que todos cuantos necios, doctores, maestros, escritores y monjes hay en el mundo! ¡ Ni un escrúpulo, ni una duda me atormentan ya! Nada temo del diablo, ni del infierno : pero también me ha sido arrebatada toda alegría. No creo, en efecto, saber nada bueno, ni poder enseñar á los hombres para mejorarlos y convertirlos. Tampoco tengo ni bienes, ni dinero, ni honor, ni dominio en el mundo : un perro no querría la vida á tanta costa. Ya no me queda otro recurso que lanzarme á la magia. ¡ Oh! ¡ si la fuerza del espíritu y de la palabra descubriese los secretos que ignoro, y si no estuviese obligado á decir penosamente lo que no sé; si, en fin, pudiese conocer yo cuanto en sí mismo oculta el mundo, y sin dedicarme más á palabras inútiles, ver lo que la naturaleza contiene de secreta energía y de semillas eternas! ¡ Astro

de la luz argentada, dignate echar, por última vez, una mirada sobre mi pena!.. ¡ he velado tantas noches enteras junto á este pupitre! Entonces era cuando te me aparecias sobre un montón de libros y de papeles, melancólica amiga! ¡ Ah! que no pueda á tu dulce claridad, trepar las altas montañas, vagar por las cavernas con los espíritus, danzar sobre el césped pálido de las praderas, olvidar todas las miserias de la ciencia, y bañarme rejuvenecido en la frescura de tu rocío?

¡ Ay de mí! ¡ y me consumo todavía en mi calabozo! Miserable agujero, en donde no puede penetrar la dulce luz del cielo, sino con mucho trabajo, al través de esas vidrieras pintadas, á través de este montón de libros empolvados y carcomidos, y de papeles hacinados hasta el techo. Alrededor de mí no veo más que vid. io, cajas, instrumentos, muebles podridos, herencia de mis antepasados... ¡ Y ese es tu mundo, y eso se llama mundo!

Ya preguntas por qué tu corazón se oprime con inquietud en tu pecho, por qué un dolor secreto trabaja en ti todos los movimientos de la vida! ¡ Lo preguntas!..

Y en vez de la naturaleza animada en que Dios te ha creado, sólo estás rodeado de humo y podredumbre, despojos de animales y huesos de muertos!

¡ Libértate! ¡ Lánzate al espacio! ¡ se libro misterioso, escrito de mano de Nostradamus, ¿no basta para conducirte? Entonces podrás conocer el curso de los astros; entonces, si la naturaleza se digna instruirte, la energía del alma te será comunicada como un espíritu á otro espíritu. En vano, por un árido sentido, pretenderías explicarte aquí los signos divinos... Espíritus que nadáis junto á mí, respondedme, si me oís! (Toca el libro y considera el signo del microcosmos.) ¡ Ah! que éxtasis se apodera de todo mi ser con esta vista! Se me figura sentir una vida nueva, santa é hirviente, circular por

mis nervios y en mis venas. ¿ Están trazados por la mano de un Dios estos caracteres, que alivian los dolores de mi alma, embriagan de alegría mi pobre corazón, y descubren á mi alrededor las fuerzas misteriosas de la naturaleza? ¿ Soy yo mismo un Dios? ¿ Todo se me hace tan claro! En estos sencillos rasgos, el mundo revela á mi alma todo el movimiento de su vida, toda la energía de su corazón. Ya reconozco la verdad de las palabras del sabio: « El mundo de los espíritus no » está errado: tu sentido está aletargado, tu corazón » está muerto. Levántate, discípulo, y ve á bañar íntimamente tu seno mortal en los rayos purpúreos » de la aurora! » (Mira el signo.) ¿ Cómo se mueve todo en el universo! ¿ Cómo obra todo, lo uno en lo otro, y como vive una existencia misma! ¿ Cómo las potencias celestiales se elevan y descienden, pasando de una á otra, los cántaros de oro! Desde el cielo derraman sobre la tierra un rocío que refresca la sequedad del sol, y la agitación de sus alas llena los espacios sonoros de una inefable armonía.

¿ Que espectáculo! Pero ¡ ay! ¡ no es más que un espectáculo! ¿ Por dónde asistir, naturaleza infinita? ¿ No podría también yo estrechar tus pechos, de que el cielo y la tierra se hallan suspendidos? Quisiera bañarme en esa leche inagotable... mas corre por todas partes, todo lo inunda, y yo me consumo inútilmente tras ella! *(Da un golpe sobre el libro con despecho, y considera el signo del Espíritu de la tierra.* ¿ Que diversamente obra este signo sobre mí. ¡ Espíritu de la tierra, ya te aproximas! siento que se aumentan mis fuerzas, hiervo como un licor que fermenta! me siento con valor para exponerme al mundo, para soportar sus trabajos y sus prosperidades; para luchar con la tormenta y despreciar los crugidos de mi buque. ¿ Qué

nubes se amontonan sobre mí! La luna esconde su luz... la lámpara se apaga; Humea!... ¡ Ardientes rayos se cruzan alrededor de mi cabeza, y un frío penetrante me entumece y oprime! Siento que te agitas al rededor de mí, Espíritu que he invocado. ¡ Ah! ¡ Cómo se desgarran mi seno! ¡ mis sentidos se preparan á recibir impresiones desconocidas! ¡ Todo corazón mi se entrega á tí!... ¡ Aparece! ¡ ven! ¡ aunque me cuestes la vida!

(Coge el libro, y pronuncia los signos misteriosos del Espíritu. Se enciende una llama roja, y el Espíritu aparece en ella.)

EL ESPÍRITU. ¿ Quién me llama?

FAUSTO. ¡ Horrorsa visión!

EL ESPÍRITU. Tú me has evocado. Tu soplo obraba sobre mi esfera, y me arrancaba de ella con violencia. Y ahora...

FAUSTO. ¡ Ah! ¡ No puedo sufrir tu vista!

EL ESPÍRITU. ¡ Aspirabas tan fuertemente hacia mí! Descabas verme y escucharme. Cedo al anhelo de tu corazón. Heme aquí. ¿ Qué miserable espanto se apodera de tu naturaleza sobre humana! ¿ Qué has hecho de tu elevado deseo, de ese corazón que se creaba un mundo en sí mismo, que lo contenía y lo fecundaba, no teniendo bastante con el otro, y tendiendo á igualarse á nosotros los espíritus? Fausto, ¿ en donde estás? Tú, que me atraías aquí con todas tus fuerzas y con toda tu voz, ¿ eres tú á quien el espanto hiela hasta las fuentes de la vida y prosterna ante mí, como á un vil insecto que se arrastra?

FAUSTO. ¿ Por qué he de temerte yo, fantasma de llama? Yo soy Fausto, soy tu igual.

EL ESPÍRITU. ¡ En el océano de la vida, y en las borrascas de la acción, subo y bajo, voy y vengo! ¡ Nacimiento y tumba! Mar eterno, trama mudable, vida

enérgica, con qué urdí en el telar del tiempo las telas imperecederas, ropajes animados por Dios.

FAUSTO. Espíritu creador, que ondulas al rededor del dilatado universo, ¡cuán fuerte me siento junto á ti!

EL ESPÍRITU. Eres igual al espíritu que concibes; mas no eres igual á mí. (*Desaparece.*)

FAUSTO, *cayendo de espaldas*. ¡Á ti no!... ¿Á quién, pues?... ¡yo! la ¡imagen de Dios! ¡Ni aun áti! (*Lllaman.*) ¡Oh muerte! No lo dudo, es mi criado. Y he ahí todo el esplendor de mi felicidad reducido á nada... ¡Es posible que una visión tan sublime sea aniquilada ¡or un maldito criado!

Wagner, en traje de casa y gorro de noche, con una luz en la mano. Fausto se vuelve de mal humor.)

WAGNER. ¡Perdonad! Os oía declamar: leíais sin duda una tragedia griega, y podría sacar partido de ese arte, que hoy está muy en boga. He oído decir muchas veces, que un comediante puede llegar á ser cura.

FAUSTO. Sí, si el cura es un comediante, como suele suceder ahora.

WAGNER. ¡Ah! Cuando uno se halla así retirado en su gabinete, viendo apenas el mundo en los días de fiesta, y eso de lejos y á través de un cristal, ¿quién podrá aspirar á conducirlo una vez por la persuasión?

FAUSTO. Jamás lo conseguiréis, si no sentís fuertemente; si la inspiración no brilla fuera de vuestra alma, y si, por la emoción más violenta, no arrastra los corazones de todos los que escuchan. Id, pues, á reconcentraros en vos mismo, á mezclar y á recalentar los restos de otro festín, para hacer de todos un pequeño guiso;... haced saltar una chispa del montón de cenizas que sopláis... Y podréis esperar la admi-

ración de los niños y de los monos, si queréis, pero jamás obráis sobre los demás, si vuestra elocuencia no nace en el corazón mismo.

WAGNER. Mas la prolación es la dicha del orador, y yo conozco que estoy muy lejos de alcanzar tal facultad.

FAUSTO. Buscad, pues, un éxito mediano, y no os aficionéis á los cascabeles de una brillante locura: no hace falta tanto artificio para hacer tolerar la razón y el buen sentido, y si tenéis que decir algo importante, no es en las palabras donde debéis poner más atención. Si: vuestros discursos tan brillantes, con que pintáis tan bien las bagatelas de la humanidad, son estériles como el viento nebuloso del otoño que murmura entre las hojas secas.

WAGNER. ¡Ay Dios! el arte es larga, y nuestra vida corta. En cuanto á mí, en medio de mis trabajos literarios, me siento enfermo con frecuencia de la cabeza y del corazón. Que de dificultades no hay para encontrar el medio de elevarse á las causas. Y un pobre diablo puede muy bien morir antes de haber andado la mitad del camino.

FAUSTO. ¿Podría ser un pergamino la divina fuente en que nuestra alma apague su sed eterna? Nunca estaréis consolado, si el consuelo no sale de vuestro propio corazón.

WAGNER. ¡Dispensadme! Es una fruición indefinible, transportarse al espíritu de los tiempos pasados, ver cómo un sabio pensó antes que uno, y cómo, viniendo de lejos, lo hemos pasado tan victoriosamente.

FAUSTO. ¡Oh! ¡sin duda! hasta las estrellas. Amigo mío, los siglos transcurridos son para nosotros el libro de los siete sellos; lo que llamáis espíritu de los tiempos no es en realidad sino el espíritu de los autores.

en que los tiempos se reflejan. Y eso, ¡ las más veces es verdaderamente una miseria! La primera ojeada basta para haceros huir. Es como un pozo de inmundicia, una vieja trastera, ó más bien una de esas ostentaciones de mercado, llenas de bellas máximas de moral, que de ordinario se ponen en boca de los muñecos.

WAGNER. ¡ Mas el mundo, el corazón y el espíritu de los hombres! .. Cada uno debe desear conocer algo de esto.

FAUSTO. Sí, lo que se llama conocer. ¿Quién se atreverá á dar al niño su verdadero nombre? Los pocos hombres que han sabido alguna cosa, y que han sido bastante locos para no guardar este secreto en su propio corazón, los que han descubierto al pueblo sus sentimientos y sus miras, en todos tiempos han sido crucificados y quemados. Os ruego, amigo mío, que os retiréis. Se hace tarde : dejemos eso por ahora.

WAGNER. Hubiera velado más de buena gana para aprovecharme de la conversación de un hombre tan instruido como vos; pero mañana, como último día de Pascua, os dignaréis permitirme otra pregunta. Me he entregado con afán al estudio, y sé mucho, es verdad; pero quisiera saberlo todo. (Sale.)

FAUSTO *solo*. ¡ Ninguna esperanza abandona jamás una pobre cabeza! Éste no se dedica más que á bagatelas, su mano ávida, cava la tierra para buscar tesoros, mas encuentra un gusano, y hele ya contento.

¿Cómo ha osado resonar en este sitio, en que el soplo del espíritu acaba de rodearme, la voz de semejante hombre? Sin embargo, ¡ ay de mí! te doy gracias por esta vez, ¡ oh, el más miserable de los hijos de la tierra! Tú me arrancas de la desesperación que iba á devorar mi juicio. ¡ Ah! era tan gigantesca la aparición, que en realidad debí sentirme enano frente á ella.

Yo, la imagen de Dios, que creía haber alcanzado ya el espejo de la verdad eterna : que, desnudo, aislado de los hijos de la tierra, aspiraba á toda la claridad del cielo; yo que, superior á los querubines, creía poder nadar libremente en las venas de la naturaleza, y, creador también, gozar de la vida de un Dios... ¡ cómo he podido elevar mis presentimientos á tal altura!... Y ¡ cuánto debo expiar tanta audacia! Una palabra sola vino á arrojarme bien lejos.

¿ No he pretendido igualarte?... Mas si tuve bastante fuerza para atraerte á mí, no me ha quedado ya para detenerte. ¡ En aquel dichoso instante me sentía al mismo tiempo tan pequeño y tan grande! me has hundido cruelmente en la incertidumbre de la humanidad. ¿ Quién me enseñará desde ahora, y que debo evitar? ¿ Es preciso obedecer á esta impulsión? ¡ Ah! nuestras acciones mismas, como nuestros sufrimientos, paran el curso de nuestra vida.

Una materia, cada vez más extraña para nosotros, se opone á todo cuanto el espíritu concibe de sublime; cuando conseguimos los bienes de este mundo, tratamos de error y de quimera todo lo que vale más que ello. Los nobles sentimientos que nos dan la vida sucumben ahogados por las sensaciones de la tierra.

La imaginación, que desplegando la osadía de su vuelo, ha querido, llena de esperanza, extenderse en la eternidad, se contenta con un pequeño espacio, desde que ve disiparse en el abismo del tiempo toda cuanta dicha soñaba. En el fondo de nuestro corazón viene á establecerse la inquietud : allí produce secretos dolores, allí se agita sin cesar, destruyendo la alegría y el reposo : se adorna continuamente con nuevas máscaras; tan pronto es una casa, como una corte; una mujer, como un niño; y hasta es fuego, agua, un

puñal, veneno... Temblamos ante lo que no nos espera, y lloramos incesantemente lo que no hemos perdido.

¡No soy tanto como Dios! lo conozco harto profundamente; sólo me parezco al gusano habitante del polvo, al gusano que el pie del viajero aplasta, mientras anda buscando un alimento.

¿No es también polvo todo lo que esta alta pared me conserva sobre cien estantes? ¿Todo este baratillo, cuyas bagatelas me encadenan á este mundo de gusanos?... ¿Debo encontrar aquí lo que me falta? ¿Tendré que leer tal vez esos millares de volúmenes, para saber que los hombres se han atormentado por todo, y que aquí y allá se ha mostrado un dichoso en la tierra! Oh tú, pobre cráneo vacío, ¿por qué parece que me asestas tu mofa? ¿Quieres decirme acaso que hubo un tiempo en que tu cerebro estuvo, como el mío, lleno de ideas confusas, que buscó la luz, y que, en medio de un triste crepúsculo, erró miserablemente en la inquisición de la verdad? ¿Instrumentos que estoy viendo! vosotros tenéis trazas de reiros de mi con todas vuestras ruedas, vuestros dientes, vuestras asas y vuestros cilindros. Yo estaba á la puerta y vosotros debíais servirme de llave. Vosotros sois, es verdad, más difíciles que una llave; pero no corréis los cerrojos. Misteriosa en medio del día, la naturaleza no se deja descubrir, y no existe ni palanca, ni máquina que pueda obligarla á mostrarle á mi espíritu lo que ha determinado ocultarle. Si todo este viejo tren, que jamás me fué útil, está aquí, es porque mi padre lo reunió. ¡Antigua polea! la sombría lámpara de mi pupitre te ha ennegrecido mucho tiempo. ¡Ah! ¡mejor hubiera hecho en gastar lo poco que me ha quedado, que en ocupar mis vigiliás! Lo que has heredado de tu padre, adquiérela para poseerlo. Lo que no sirve, es

una carga pesada; pero lo que el espíritu puede crear en un momento, ¡he ahí lo útil!

¿Por qué, pues, se eleva siempre mi vista hacia ese sitio? ¿Tendrá una atracción magnética para los ojos ese pequeño frasco? ¿Por qué se me figura que de repente goza mi espíritu más luz, como un bosque sombrío en que la luna deja caer un rayo de su claridad?

¡Yo te saludo, redoma solitaria, que agarro con un piadoso repeto! en ti venero el espíritu del hombre y su industria. Llena de un extracto de los jugos más dulces que favorecen el sueño, contiene también todas las fuerzas que dan la muerte: ¡concedes tus beneficios al que te posee! ¡Te veo, y mi dolor se alivia: te cojo, y mi agitación disminuye, y la tempestad de mi espíritu se calma poco á poco! Yo me siento arrastrado al Océano inmenso; el espejo de las aguas marinas se extiende silenciosamente á mis pies; una luz nueva brilla para mí en playas desconocidas.

Un carro de fuego se cierne en el aire, y sus alas rápidas se humillan junto á mí: siento el deseo de emprender caminos nuevos en la llanura de los cielos, á través de la actividad de las esferas nuevas. Mas esta existencia sublime, esos transportes divinos, ¿cómo podrás merecerlos tú, ruin gusano?... Cesando de exponer tu cuerpo al dulce sol de la tierra; aventurándote á sondear esas puertas, ante las cuales se estremecen todos. ¡He ahí la ocasión para probar con acciones; que la dignidad del hombre no cede á la grandeza de Dios! Es menester no temblar ante este abismo oscuro, en que la imaginación se condena á sus propios tormentos; ante esta estrecha senda, en donde está el mismo infierno... ¡Osa con pie atrevido cruzar ese paraje, aun á riesgo de encontrarte con la nada!

Sal ahora, copa de cristal puro; sal de tu viejo estuche, donde te olvidé por tantos años. Ya brillabas en los festines de mis padres, alegrabas los convidados más serios, que te pasaban de mano en mano : todos se creían obligados, cuando llegaba su turno, á celebrar en verso la belleza de las cinceladuras que te rodean, y á vaciarte de un solo trago. Tú me recuerdas las noches de mi juventud : ya no volveré á ofrecerte á nadie, no celebraré ya tus preciosos adornos. He aquí un licor que debo beber piadosamente; te llena de sus negras olas ; yo lo he escogido, será mi última bebida ; la consagro con toda mi alma, como libación solemne, á la aurora de un día más bello.

(Lleva la copa á su boca. Suenan campanas y cantos de coros.)

CORO DE ÁNGELES. ¡ Cristo ha resucitado! Regocijese el mortal que se consume aquí abajo en los lazos del vicio y de la iniquidad.

FAUSTO. ¿Qué murmullos sordos, qué sonidos retumbantes arrancan poderosamente de mis turbados labios esta copa? Ese zumbido de las campanas, ¿ anuncia ya la primera hora de los días de la Pascua? Esos coros divinos, ¿ entonarán los cantos de consuelo, que desde la noche de la tumba, repetidos por los labios de los ángeles, fueron la primera prenda de una alianza nueva?

CORO DE MUJERES. Nosotras, sus fieles, habíamos bañado sus miembros desnudos en aceites perfumados. Le habíamos acostado en la tumba, ceñido de bandeletas y finos lienzo. Y ¡ ay de nosotras! ¡ el Cristo no está ya aquí! ¡ Ya no le hallamos!

CORO DE ÁNGELES. ¡ Cristo ha resucitado! ¡ Dicho: a el alma amante que soporta la prueba de los tormentos y de las injurias con humilde piedad!

FAUSTO. ¡ Cantos del cielo, cantos poderosos y dulces! ¿ por qué me buscáis en el polvo? Resonad para los que emocionáis aún. Bien comprendo la nueva que me traéis; mas la fe me falta para creerla : el milagro es el hijo más querido de la fe. En cuanto á mí, no oso aspirar á esa esfera, donde resuena el anuncio de la *buena nueva*; y sin embargo, esos cantos que arrullaron mi infancia me vuelven á la vida. En otro tiempo, el beso del amor celestial descendía sobre mí, durante el solemne silencio del domingo : entonces el grave sonido de las campanas me llenaba de dulces presentimientos, y una oración era para mi corazón el goce más intenso : mil deseos, tan incomprensibles como puros, me arrastraban hacia los bosques y las praderas, y en un torrente de deliciosas lágrimas, todo un mundo desconocido se me revelaba. Estos cantos precedían los juegos amables de la juventud y los placeres de la fiesta de la primavera : este recuerdo, lleno de sentimientos infantiles, me para cuando iba á dar mi último paso. ¡ Oh! ; resonad aún, dulces cánticos del cielo! corren mis lágrimas, la tierra me ha reconquistado.

CORO DE LOS DISCÍPULOS. ¡ Se ha lanzado de la tumba rebotando de existencia y majestad! ¡ Se eleva á la mansión de las alegrías imperecederas! ¡ Ay de nosotros, que quedamos sumergidos en la miseria de este mundo! ¡ Y nos deja consumir aquí abajo, á nosotros, sus fieles! ¡ Oh maestro, envidiamos tu dicha!

CORO DE ÁNGELES. ¡ Cristo se ha elevado sobre la corrupción! ¡ En albricias, romped vuestros hierros! ¡ Oh vosotros, que le glorificáis con la acción, y le imitáis por el amor : vosotros, que partís con vuestros hermanos, y andáis predicando su palabra, ¡ he aquí el maestro que viene ofreciéndoo las alegrías del cielo! ¡ El Señor se acerca. ¡ aquí está!

*Delante de la puerta de la ciudad.**(Gente paseándose en todas direcciones.)*

MUCHOS COMPAÑEROS ARTESANOS. ¿Por qué vais por ahí?

OTROS. Vamos al bosque de la caza.

LOS PRIMEROS. Pues nosotros vamos hasta el molino.

UN ARTESANO. Os aconsejo que vayáis más bien al estanque.

OTRO. Por esa arte no es agradable el camino.

LOS DOS Á UN TIEMPO. ¿Qué haces tú?

ARTESANO 3.º Voy con los demás.

ARTESANO 4.º Venid á Burgdorf : allí encontraréis de seguro las más bonitas muchachas y la cerveza más fuerte.

ARTESANO 5.º ¡Qué gracioso eres! ¿Te piden las costillas una tercera zurra? Yo no voy allá, me da miedo ese sitio.

UNA CRIADA. No, no, yo me vuelvo á la ciudad.

OTRA. Le hallaremos sin duda debajo de esos álamos.

LA PRIMERA. No me importa mucho : se pondrá siempre á tu lado, sólo bailará contigo, ¿y qué me hacen á mí tus diversiones?

LA OTRA. Hoy no estará él solo, me dijo que le acompañaría el rubio.

UN ESTUDIANTE. Mira como corren esas criadas. Anda, chico, las acompañaremos. Buena cerveza, tabaco y una niña dominguera, son mis gustos favoritos.

UNA MODISTA. ¡Mira esos muchachos! ¡Qué vergüenza! ¡Bien podían llevar una compañía mejor! ¡Siguen á esas!

EL SEGUNDO ESTUDIANTE AL PRIMERO. ¡No corramos tanto! Detrás de nosotros vienen dos muy bien puestas. Una de ellas es vecina mía y tengo algún capricho por esa joven. Vienen despacio, pero no tardarán en juntarse con nosotros.

EL PRIMERO. No, chico ; á mí no me gusta la ópresión. Anda aprisa, no perdamos de vista la caza. La mano que maneja el sábado una escoba, es la que el domingo te acaricia mejor.

UN COMERCIANTE. No, lo que es el nuevo burgo-maestre, no me peta : ahora que se ha entonado, se va á hacer cada vez más orgulloso. ¿Y que hace por la ciudad? ¿No va todo de mal en peor? Y tenemos que obedecer más que antes, y pagar más que nunca.

UN MENDIGO CANTA.

Buenos señores y señoras bellas,
 Tan ricos, bien vestidos y contentos.
 Escuchad, nobles almas, mis lamentos.
 Ved la desgracia que me trajo aquí.

Para vuestros piadosos corazones
 Es un placer el mitigar quebrantos :
 Que un día de alborozo para tantos,
 Llegue á ser de cosecha para mí.

OTRO COMERCIANTE. Yo no sé que haya cosa mejor de que hablar los días de fiesta, que de las guerras y las batallas, mientras que bien lejos, en Turquía, se despedazan los pueblos. Se asoma uno á la ventana, toma su vasito, y se divierte en ver como se barajan en el río los buques de toda clase de banderas. Por la noche entra uno alegremente en su casa, bendiciendo la paz y el tiempo de paz que disfrutamos.

OTRO. Yo pienso como vos, mi querido vecino ; que se rompan la cabeza donde quieran y que el diablo se lo lleve todo, con tal que en mi casa nada esté desordenado.

UNA VIEJA Á UNAS SEÑORITAS. ¡Eh! ¡qué bien se han adornado! ¡Oh bella juventud! ¿Quién no se volverá loco al miraros? ¡Vamos, menos orgullo!... ¡Vaya! soy capaz de procuraros cuanto podáis desear.

LAS SEÑORITAS. ¡ Ven, Agata! me avergonzaría que me viesen con semejante bruja... sin embargo, la noche de san Andrés hizo que viera á mi futuro novio.

OTRA. También me le enseñó á mí á través de un cristal, en traje de militar, con otros muchos. Yo miro á todas partes; pero por más que le busco, no quiere presentáseme.

SOLDADOS.

Ciudades de muros
Y torres rodeadas,
Chicas ataviadas
De adornos y amor!...
El honor nos manda
Que el asalto demos :
Cuanto más luchemos,
El premio es mayor.

Marchan los soldados
Al son de trompetas,
Lo mismo á las fiestas
Que al campo de honor...
Chicas y ciudades,
Dicen, no queremos,
Cuanto más luchemos,
El premio es mayor.

FAUSTO Y WAGNER

FAUSTO. Los torrentes y los arroyos han roto su prisión de hielo á la sonrisa dulce y vivificante de la primavera; una halagüena esperanza reverdece en el valle: el viejo invierno, que se debilita de día en día, se retira poco á poco hacia las escarpadas montañas. En su huida lanza sobre el césped de las praderas algunas miradas muy frías, pero impotentes; el sol no deja nada pálido en su presencia; en todas partes reina la ilusión y la vida; todo bajo sus rayos adquiere nuevos colores.

¿ Y tomará por flores esa multitud engalanada que puebla todo el campo? Separémonos de esas colinas, y volvamos á la ciudad. Por esa puerta oscura y profunda se precipita este revuelto tropel: cada uno se muestra al sol rebotando de placer; festejan la resurrección del Señor, y ellos mismos están resucitados. Libres de sus moradas sombrías, de los lazos de sus ocupaciones diarias, de los techos bajos que los oprimen, del desaseo de sus estrechas calles, de la noche misteriosa de sus iglesias, helos ya todos nuevos á la luz. ¡ Ved, ved como se agolpan á los jardines, como se abren los campos! ¡ Qué de barcas llenas de alegría surcan no en todas direcciones!... ¡ y esta última que se separa de las demás, sumergiéndose con tanta carga! Los senderos más lejanos del monte destumbran con los mil colores de sus vestidos. Ya oigo el ruido de la ciudad; ella es verdaderamente el paraíso del pueblo: grandes y pequeños saltan gozosamente: a qui me siento hombre, aquí me atrevo á serlo.

WAGNER. Señor Doctor, muy honroso y provechoso es acompañaros á paseo; pero yo no quisiera confundirme con aquella gente, porque soy enemigo de todo lo grosero. Sus violines, sus gritos, sus estrepitosas diversiones, todo lo aborrezco de muerte. Aullan como poseídos y llaman á eso danza y alegría.

Aldeanos debajo de los tilos.

BAILE Y CANTO.

Los pastores, dejando el rebaño,
Al son grato de sus caramillos,
Á sus bellas conducen ogaño
Á bailar por debajo los tilos.
Chas charras chas!
Que saltan como locos...
Llevad compás!

El desorden no tarda un minuto,
Y un pastor, tropezando, ya pisa
A una joven, que exclama: ¡Qué bruto
Y la danza prosigue y la risa.
¡ Chas charrás chas!
¡ Mirad como ese torpe
Lleva el compás!

Cual relámpagos rápidos pasan,
Los vestidos cruzándose sueltos:
De placer sus mejillas se abrasan,
Ellos y ellas, bien pronto revueltos:
¡ Chas charrás chas!
Unos sobre otros ruedan...
¡ Vaya un compás!

Un marido entre todos se lanza,
Y ¡ alto! grita, ¿do está mi mujer?
Y el bribón la sacó de la danza,
Que siguió con el mismo placer.
¡ Chas charrás chas!
¡ Esa sí que ha llevado
Muy buen compás!

UN ALDEANO VIEJO. Señor Doctor, ¡ que amable sois cuando no despreciáis nuestra compañía, y, tan sabio, venís á mezclaros con toda esta batahola! Dignaos, pues, tomar el mejor cántaro que hemos llenado de bebida fresca: yo os lo traigo, y deseo con toda mi alma, no sólo que apague vuestra sed, sino que viváis tantos años como gotas contiene.

FAUSTO. Acepto este refresco, y en cambio os deseo salud, y os ofrezco mi reconocimiento. (*El pueblo se reúne alrededor de ellos.*)

EL ALDEANO. Por cierto habéis hecho bien en venir aquí un día de alegría. Otras veces nos habéis visitado en un tiempo malísimo. Más de uno hay aquí bien robusto hoy, á quien vuestro padre salvó del tabardillo, cuando hizo desaparecer esta peste que desolaba nuestra comarca. Y vos también, que entonces erais

aún muy joven ibais á todas las casas de los enfermos: de todas se sacaban cadáveres, pero vos salvais siempre bueno. Habéis soportado rudas pruebas; pero el Salvador socorrió al que nos ha salvado.

Topos. ¡ Á la salud del hombre intrépido! ¡ Que aun pueda ser útil mucho tiempo!

FAUSTO. — Prosternaos ante el que está en lo alto; él es quien enseña á socorrer, y quien os envía los socorros. (*Se adelanta con Wagner*).

WAGNER. ¡ Qué sensaciones tan dulces debes experimentar, oh grande hombre; con los honores que te hace esta multitud! ¡ Oh! feliz quien puede sacar ese partido de su talento! El padre te presenta á su hijo; todos preguntan, corren y se estrechan; cesa el violón, y la danza se para. Pasas, y te rodean, y las cabezas se descubren, y les falta poco para ponerse de rodillas como si viniera el Viático.

FAUSTO. Lleguemos á esa piedra, y podremos descansar de nuestro paseo. ¡ Cuántas veces me he sentado en ella solo, pensativo, extenuado por la oración y los ayunos! Rico de esperanzas, firme en mi fe, creía que con lágrimas, suspiros y contorsiones, iba á alcanzar del Señor de los cielos el fin de aquella peste cruel. Ahora, esas demostraciones de la multitud resuenan en mis oídos como si fuera una burla. ¡ Oh! ¡ si tú pudieras leer en mi corazón cuán poco merecen esa fama, tanto el padre como el hijo! Mi padre era un oscuro hombre de bien, que, de muy buena fe, discurría á su manera sobre la naturaleza y sus divinos secretos. Solía encerrarse con una sociedad de adeptos en un sombrío laboratorio, donde, según una infinidad de recetas, obraba la transfusión de los contrarios. Cogió un león rojo, y lo unía en un baño tibio con alguna azucena; después, poniéndolos al fuego, los pasaba

de un crisol á otro. Entonces aparecía en un vaso la *joven reina* (1), con variados colores; aquella era la medicina, los enfermos morían, y nadie reclamaba. ¿Quién ha curado? así, con esos *electuarios* infernales, hemos hecho en estas montañas y estos valles más estragos que la epidemia. Yo mismo he ofrecido el veneno á millares de hombres: ellos están muertos, y yo, atrevido asesino, yo les sobrevivo para que se me dispensen elogios.

WAGNER. ¿Cómo os turbáis por eso? ¿No hace bastante un hombre de bien, cuando ejerce con sabiduría y puntualidad el arte que le fué transmitido? Si honras á tu padre, joven, recibirás con gusto sus instrucciones: hombre, si haces adelantar la ciencia, tu hijo podrá aspirar á un fin más elevado.

FAUSTO. ¡Oh, dichoso quien puede esperar aún sobrenadar en este océano de errores!... se usa lo que no se conoce, y de lo que se conoce no se puede hacer uso alguno. ¡Mas no turbemos con tan sombrías ideas la calma de estas hermosas horas! Mira como á los rayos del sol poniente relumbran los tejados en medio de ese verdor. Ese sol se inclina y se oscurece, el día expira; pero va á llevar nueva vida á otras regiones. ¡Oh! ¡que no tenga yo alas para elevarme sobre la atmósfera de la tierra, y lanzarme tras él, en medio de una eterna claridad! Yo vería, á través del crepúsculo, desarrollarse á mis plantas todo un mundo silencioso; vería inflamarse las alturas, oscurecerse los valles, y dorarse, extinguiéndose, las ondas de los ríos. Las montañas ni sus desfiladeros ya no podrían contener mi vuelo divino. Ya la mar, con sus encendidos golfos, se descubre á mis ojos sorprendidos. El

(1) Nombres de diversas composiciones alquímicas.

día empieza al fin á eclipsarse, mas un encanto nuevo se revela en mi alma, y me apresuro á bañarme todavía en sus eternos rayos. El día está delante de mí, detrás de mí la noche: sobre mi cabeza el cielo, y las olas á mis pies. Esta es una ilusión muy bella mientras dura. Mas ¡ay de mí! el cuerpo no tiene alas para seguir el vuelo rápido del espíritu. Por eso, no existe nadie en el mundo que no se sienta conmovido, cuando, por encima de nosotros, perdida en el azul de los cielos, nos hace oír la alondra su canto matinal: cuando, más allá de las rocas cubiertas de abetos, el águila se cierne con sus alas inmóviles; y cuando, sobre los mares y sobre las llanuras, la grulla dirige su vuelo hacia los lugares donde ha nacido.

WAGNER. Yo tengo muchos ratos de capricho; pero os aseguro, que deseos semejantes jamás me han atormentado. Fácilmente se olvida uno de bosques y de praderas: nunca envidiaré yo las alas de los pájaros; las alegrías de mi espíritu me transportan mucho más lejos de libro en libro y de páginas en páginas. ¡Que de calor y de placer no da esto á una noche de invierno! Vos sentís animarse todos vuestros miembros con una vida dichosa... ¡Ah! en cuanto desenvoleis un venerable pergamino, todo el cielo se baja á vuestro espíritu.

FAUSTO. Ese es el único deseo que tú conoces aún; no aprendas á conocer el otro. Dos almas ¡ay de mí! se dividen mi seno, y cada una quiere separarse de la otra: la una encendida en amor se pega al mundo por medio de los órganos del cuerpo; un movimiento sobrenatural arrastra á la otra lejos de las tinieblas, hacia las altas moradas de nuestros abuelos! ¡Oh! ¡si en el aire hay espíritus que se ciernan entre la tierra y el cielo, que desciendan de sus nubes doradas, y me

conduzcan á una existencia más variada y más nueva! Si: si tuviera yo una capa mágica, que pudiese transportarme á las regiones extrañas, no la daría por los vestidos más preciosos, ni aún por el manto de un rey.

WAGNER. No llaméis á esa turba bien conocida, que como la tempestad, se extiende en la dilatada atmósfera, y que por todas partes le ocasiona al hombre un sinnúmero de males. La bandada de los espíritus que vienen del Norte aguzan contra vos sus lenguas de tríplice aguijón. la que viene del Este deseca vuestros pulmones, y se alimenta con ellos. Si los desiertos del Mediodía los envían, amontonan sobre vuestra cabeza llama sobre llama: el Oeste vomita un enjambre de ellos, que os refrescan al principio, y concluyen por devorar alrededor de vos, vuestros campos y mieses. Inclínados á hacer daño, escuchan con gusto vuestra llamada, y hasta os obedecen, porque les agrada engañaros: se anuncian como enviadas del cielo, y cuando mienten, mienten con una voz angelical... ¡Mas retirémonos! El mundo se cubre ya de tinieblas, el aire se enfría, cae niebla. ¡Por la noche es cuando uno se encuentra mejor en casa! ¿En que os detenéis? ¿Que estáis mirando hacia allá con tan grande atención? ¿Que, puede admiraros tanto el crepúsculo?

FAUSTO. ¿Ves aquel perro negro como vaga entre los sembrados y el rastrojo?

WAGNER. Lo estoy viendo hace tiempo, y no me parece que ofrece nada de extraordinario.

FAUSTO. Obsérvalo bien; ¿que te parece que es eso?

WAGNER. Un perro de aguas, que busca á su manera las huellas de su amo.

FAUSTO. ¿Reparas como traza una espiral y se aproxima cada vez más á nosotros? Y si no me equivoco, deja por donde pasa un rastro de fuego.

WAGNER. Yo no veo más que un perro de aguas negro; puede suceder que un deslumbramiento ofusque vuestros ojos.

FAUSTO. Se me figura que nos arroja á los pies unos lazos mágicos, como para atraernos.

WAGNER. Yo lo veo incierto y temeroso saltar alrededor de nosotros, porque en vez de su amo, encuentra á dos desconocidos.

FAUSTO. El círculo se disminuye, ya está cerca.

WAGNER. ¡Veis! no es más que un perro, y no un fantasma. Gruñe y parece dudoso, se arrastra, agita su cola; lo que hacen los perros.

FAUSTO. Acompáñanos: ven aquí.

WAGNER. Esta es una rara especie de perros. Si os paráis, os espera: le habláis, se os abalanza. Si perdéis cualquier cosa, os la encontrará, y se lanzará á la agua por vuestro bastón.

FAUSTO. Tienes razón: no noto en él ninguna señal de espíritu, no es más que la educación.

WAGNER. El perro, cuando está bien enseñado, es digno hasta del afecto de un sabio. Si: puede merecer vuestras bondades... Este es el discípulo más asiduo. (*Entran por la puerta de la ciudad.*)

Gabinete de estudio.

FAUSTO, *entrando con el perro.* He dejado los campos y las praderas que oscurece una noche profunda. Siento que un pavor religioso despierta con presentimientos la mejor de mis dos almas. Las sensaciones groseras se adormecen con su tormentosa oscuridad: estoy lleno de un amor ardiente hacia los hombres, y el amor de Dios me arrebató también.

Estate quieto, perro: no corras de un lado á otro

29399